

EN EL CIELO HACE FALTA POLICÍA

Las flores de los almendros que en algunos lugares había visto junto a la carretera fueron el único contraste bonito de mi ánimo hundido durante el viaje. Su imagen se me apareció cuando mi madre abrió la puerta de su piso en Parla y me encontró en el rellano con mi maleta grande y el transportín con mi gato. “¿Es ese tu regalo, hija?”, me dijo, señalando a Blas que seguía maullando como había hecho durante toda la hora y media del viaje. Tal vez, porque echaba de menos a Raúl, porque dejaba la única casa que había conocido en sus once años, que dicen que son setenta y siete humanos, en nuestra partición de bienes precipitada, donde él se quedaba con el piso alquilado, el vermut de los domingos, la bicicleta de los fines de semana, sus alumnos del colegio saludándole por la calle y su colega de Naturales, con la que parece que decidió hacer clases prácticas de la asignatura en horario extraescolar, justo en ese tiempo en que yo me preocupaba y pensaba “cuánto tarda”, temiendo que le hubiera pasado algo. Lo negó, se enfadó, gritó. Pero vi su mentira un día que enterré mi mirada en sus ojos.

Mi madre me dejó pasar con todo a su casa en ese acto extraño de parto inverso de una cuarentona que volvía al refugio, rechazada por la vida con la patada en el culo del fracaso. Y mientras, me miraba atónita, preocupada. Sentía seguramente el fiasco de mi relación con Raúl como el suyo propio. Ella, una madre soltera que únicamente dejó la soledad de su vida en el paréntesis que fue desde mi nacimiento y crianza, hasta mi marcha a Madrid para estudiar Magisterio.

—Estás más estropeada. Te tienes que cuidar más —fueron sus palabras con una mueca de difícil interpretación, entre la alegría y la pena, llena de contención por evitar hacerme daño del todo.

Ya en mi habitación, mi vieja habitación de papeles pintados y ventana al patio interior, dejé las cosas sobre mi camastro y abrí la portilla del transportín, pero Blas no quería salir. Yo asomé mi cara para mirarlo y supe con certeza que ambos teníamos la misma sensación, como si acabáramos de robar un banco.

Tumbada allí no podía evitar recordar, cuando Raúl y yo nos conocimos en la facultad. El cortejo, las risas, el primer sexo ansiado, torpe e inseguro. Después, sacó antes que yo la plaza de profesor y nos fuimos lejos, a ciento cincuenta kilómetros, la distancia adecuada para empezar a vivir sin más referencias que las mutuas. Él con su puesto, su respeto social, la sólida existencia burguesa, promesa de una biografía centenaria; yo, a buscarme la vida, a impartir clases de pintura los jueves, el club de lectura para amas de casa y mi pequeño libro sobre el Quijote, promovido por el ayuntamiento; cosas así.

Una de esas noches de los años jóvenes, en que las risas acompañaban las caricias le pregunté en la cama, *¿tú qué te llevarías al cielo?* “*El sol de mayo, las migas, esa canción de Alex Ubago... y tus manos*”, se rio. “*A mí me bastas tú*”, le respondí.

Los días pasaron rápidos. Mi madre tenía los hábitos de los solitarios. Me cuidaba en silencio, me preguntaba con los ojos. Yo me dediqué a mis insomnios. Una soñadora que sufre insomnios. A mis pensamientos circulares,

a desear, en el fondo, a aquel Raúl siempre conmigo, aún a costa de la humillación, de la anulación.

Un día llegué a casa y Blas se había escapado por una ventana. Sentí las mismas ganas de marcharme yo también, estorbada por el mundo.

Intuí el alma de mi madre y ella reconoció la mía. Nos abrazamos esa tarde. Y me dijo; *“Lucha, hija, lucha. Eres lo mejor que tengo y conseguirás la felicidad, ya lo verás”*. Cuánto tiempo pasa hasta que llega una a comprender a su madre...

Una tarde, al regresar a casa con la compra, vi aparcado el coche de Raúl junto al portal. Estaría arriba, con ella. Me pediría perdón. Volver a empezar, un futuro desde cero. La oportunidad de perseguir nuevas quimeras confiando en un porvenir distinto.

La fortuna, sí la fortuna acompañaría lo que tuviera que venir en adelante.

Y subí con las bolsas más decidida que nunca a construir mi nueva vida sin él.